

Coyunturas. ¿De qué estamos hablando los arquitectos en Costa Rica?

Joints. What are the architects talking about in Costa Rica?

Luis Alberto Monge Calvo

Univ. Intl. de las Américas. Profesor titular y coord. de investigación del Colegio de Arquitectos de Costa Rica

La realidad costarricense de los últimos años no es muy distinta a la de otros países latinoamericanos, de hecho, parece que estamos viendo la misma película: un país sin rumbo, dividido, con gobiernos neopopulistas, corrupción, clientelismo político y el infaltable triunfo del engaño y la posverdad.

La diferencia principal en nuestra película sería que todo lo que ya experimentaron otros países, apenas comienza a materializarse aquí, pero sin que los recurrentes “spoilers” arruinen el inminente final de esta burda producción nacional.

Es así como vivíamos en un entorno, ya de por sí, de crisis económica omnipresente, e inminente, incluso antes de la pandemia COVID. Así nos fue quedando claro que en tiempos de crisis de lo menos que se habla era de arquitectura, al menos las discusiones políticas de los últimos gobiernos no pasaron por la urgencia de obras arquitectónicas o en general de infraestructura, excepto tal vez cuando de vez en cuando se proponían más carreteras, aparentemente rendirle pleitesía al automóvil si conlleva réditos políticos.

Sin embargo, la arquitectura no está sola en la ausencia de la política gubernamental, en general la cultura ha sido dejada de lado, en especial después de la declaratoria de pandemia del año pasado.

Figura 1. Vista aérea de la ciudad de San José, mostrando el sistema de manzanas regulares implantado en la colonia, con el destaque los edificios de la Caja Costarricense del Seguro Social (CCSS) de 1966 y 1980.

Fotógrafo: arquitecto Leonardo Chacón (2021), para esta publicación.



En realidad, la cultura y cualquiera de sus representaciones como: la literatura, la arquitectura o la historia no parecen ser relevantes en el sistema actual en el que sistemáticamente se está perdiendo la memoria, en favor de un mundo de eterno presente, algo realmente perjudicial para una profesión que en Costa Rica es realmente muy reciente.

A manera de contextualización para mediados de los años treinta el país tenía únicamente seis arquitectos activos, posteriormente en 1965 el primer grupo gremial organizado; la Asociación de Arquitectos casi no se puede inscribir, porque no conseguía el mínimo de 25 profesionales miembros, finalmente la primera escuela de arquitectura acaba de cumplir apenas 50 años.

Antes de esa escuela los arquitectos costarricenses se formaban en México principalmente, o debían viajar a Brasil, Estados Unidos o Europa.

En la actualidad a pesar de contar con algo así como trece escuelas de arquitectura y unos 4000 arquitectos graduados, se está lejos de contar con la calidad de las grandes obras de la época heroica del siglo pasado, realizadas en su totalidad por arquitectos graduados fuera del país.

Hay muy poca buena arquitectura, los buenos diseños son insuficientes, los buenos proyectos son muy escasos, y los buenos arquitectos se cuentan tal vez con los dedos de las manos. Y de esto tampoco hablan los arquitectos en Costa Rica.



Figura 2. Edificios frente al parque central de San José, con el antiguo Cine Palace (1933) del arquitecto Paul Ehrenberg (1900-1965), convertido ahora en un almacén de ropa americana. Hace unos meses se intentó esconder el inmueble detrás de una gigantesca publicidad de la que aún queda la estructura visible. A la derecha, el antiguo teatro Raventós (1927). Fotógrafo: arquitecto Luis Alberto Monge (2021), para esta publicación.

En el campo editorial tampoco se habla de arquitectura, a pesar de los centenares de tesis de arquitectura que se producen y de la investigación que deberían desarrollar los muchos profesores universitarios; las publicaciones de libros especializados en arquitectura, o en arquitectos, son exiguos.

La difusión de la arquitectura nacional en publicaciones profesionales es casi inexistente, pues todo lo que en Costa Rica se edita en un año, universidades en Argentina o México lo publicarían en un mes.

Los arquitectos tampoco hablamos de la falta de concursos de arquitectura, de que las obras las hagan siempre las mismas empresas, que ganan las licitaciones del Estado bajo los criterios de rapidez y bajo costo, no de calidad y mucho menos de arquitectura.

Lo que redunda en una obra pública irrelevante, sin carácter, anodina, y usualmente de mal gusto. Los arquitectos callamos también cuando se destruyen algunos de los pocos edificios con valor arquitectónico. A pesar de que todas estas acciones arruinan más el paisaje natural y de nuestras ciudades.

El panorama nacional no fue siempre tan sombrío: Costa Rica este año apenas estará cumpliendo 200 años de independencia, obtenida en 1821 sin pedirla, sin pelearla y hasta sin quererla.

Sin embargo, desde entonces los gobiernos se enfocaron en fortalecer la educación y con una economía basada en la exportación del café a los grandes mercados, forjando un país próspero y unos ciudadanos defensores de las instituciones democráticas, que los llevaron a abolir el ejército en 1948 y a popularizar la identidad del “pura vida” que nos caracteriza.

Esa fue la gran época, con un puñado de arquitectos, pero ahora que hay miles, apenas surgen algunos esfuerzos individuales, desconectados que desean despertar la discusión de arquitectura en el país.

Para este pequeño grupo la pandemia se convierte en una oportunidad única de poner en evidencia la necesidad de buena arquitectura y de buenas ciudades para superar la crisis de salud.

Es momento de que los arquitectos costarricenses alcemos la voz recordando que la salud y la calidad de vida dependen en gran medida de la arquitectura que nos rodea.

Figura 3. Detalle de la triple altura de la escalera helicoidal del Museo del Oro (1980). Edificio soterrado, obra de tres de los más destacados arquitectos costarricenses, y construido durante una de las peores crisis económicas: Jorge Borbón (1933-2018), Jorge Bertheau (1937-2020) y Edgar Vargas (1922-2007). Fotógrafo: arquitecto Luis Alberto Monge (2020).

